

## Transición y capitalismo\*

María Teresa Aguirre C.●

El proceso complejo e inacabado de reestructuración de la economía mundial presenta hoy, como una de sus múltiples tendencias, la generación y redefinición de áreas de influencia, difundido bajo el concepto de *globalización*. La plena comprensión de este proceso, sólo es factible asumiendo una perspectiva histórica como plantea el sugerente libro de Dabat que ahora comentaremos. En efecto, como diría Pierre Vilar es indispensable “conocer el pasado para entender el presente”, tarea ambiciosa que ha conducido a Dabat a varios lustros de estudio para la elaboración de una obra de largo aliento, de la cual ahora tenemos el primer volumen, en el que rastrea la configuración del capitalismo mundial y su relación recíproca con los capitalismos nacionales.

La transición europea al capitalismo y la formación del sistema colonial en los siglos XV–XVIII, son examinados por Dabat de una manera novedosa y creativa. Su propósito principal es aportar una nueva interpretación del proceso de formación del sistema capitalista mundial y construir “un marco conceptual superador” del enfoque “dependentista–tercermundista”, para lo cual toma como punto de partida la teoría marxista del capitalismo, los aportes de otras disciplinas sociales contemporáneas y se apoya en el método de la historia comparada y en el enfoque de largo plazo.

A partir de los problemas que plantea la actual reestructuración del sistema mundial el autor se interroga sobre su dinámica y las opciones de transformación que pueden asumir las sociedades de las diversas naciones según su grado de desarrollo objetivo y subjetivo. Las múltiples determinaciones

---

\* Reflexiones de la autora a partir del libro de Alejandro Dabat, *Capitalismo Mundial y Capitalismos nacionales. I. La transición al capitalismo, el mercantilismo y el primer sistema colonial*, México, FCE/Facultad de Economía, UNAM, 1994.

● División de Estudios de Posgrado, Facultad de Economía, UNAM.

que han generado procesos históricos diversos, vinculados y entrelazados en el curso de la historia mundial lo conducen al análisis de su momento constitutivo. Cronológicamente el libro comprende el lapso que va de 1450 a 1800, periodo marcado por el "arranque protocapitalista" de la Europa Moderna a las grandes revoluciones: francesa y estadounidense, que cierran el ciclo del capitalismo mercantil y preindustrial.

Logrando equilibrio en el análisis de la "problemática propiamente interior de la evolución europea, su contexto externo y la interacción de fuerzas entre ambas", el libro se integra con ocho capítulos, dos anexos y una conclusión. "Los cuatro primeros están dedicados al estudio de la transición europea al capitalismo, y los cuatro últimos tratan la formación del mercado mundial y el sistema colonial y sus consecuencias sobre el mundo extraeuropeo"<sup>1</sup>.

En sus conclusiones se subrayan las críticas al modelo "economía-mundo" y las tesis sobre la dinámica del moderno sistema mundial global (Wallerstein, Braudel, Amin, Frank), insistiendo en la necesidad de reponderar las contradicciones internas y externas en la transición europea y la naturaleza del orden jerárquico (centro-periferia) que se configura en la "gran-región" euroamericana. También destaca la importancia de los factores sociales en la disolución del feudalismo (rebeliones campesinas, revoluciones burguesas) y en la transición, sus ritmos y modalidades.

En el primer capítulo se estudian los rasgos esenciales del sistema feudal europeo, destacando sobre todo las alteraciones estructurales asociadas a la descomposición del sistema, su mercantilización, el carácter desigual de la evolución feudal de la Europa continental y la conformación, en el momento de esplendor, de su periferia en el este-europeo. En la apretadísima caracterización de régimen feudal europeo, Alejandro Dabat logra combinar con cierta eficacia los aportes de

1 En una nota metodológica presenta una crítica al enfoque dependiente-tercermundista, enfoque que por cierto nunca se define con precisión. En dos anexos se agrega un cuadro estadístico sobre equivalencias monetarias en los siglos XV-XVIII, otro con el contenido en metálico de las 11 principales monedas europeas y, por último, otro con los jornales diarios pagados en el siglo XVIII en Hispanoamérica y Europa.

historiadores clásicos como Marc Bloch y Henri Pirenne o W. Kula con otros más recientes y polémicos, como P. Anderson, F. Braudel, I. Wallerstein, siempre en el doble propósito de integrar la nueva evidencia histórica a una visión propia y discutiendo las tesis que cada uno presenta. Sin embargo, creo que para cumplirse cabalmente este último propósito, podría haberse dedicado un espacio a la presentación y discusión de las tesis de cada uno de los autores citados, además de la crítica puntual de su argumentación.

"Las relaciones externas de la Europa feudal", son abordadas en el segundo capítulo, el tema del comercio se convierte en central. Se examina el alcance del comercio intercontinental eurasiático; partiendo de que aún el siglo XIII este tenía una importancia marginal aunque creciente y que Europa había sido tributaria de los avances científicos y culturales mesopotámicos, hindús, chinos y árabes, destaca la importancia de la lucha europeo-musulmana por la hegemonía comercial en el Mediterráneo y el Medio Oriente, pugna manifiesta en la ocupación de la península ibérica y parte de Italia (siglo VIII) hasta lograr acceso al Mar Adriático, con altos costos para el cristianismo euro-occidental. Examina la importancia de las guerras religiosas y su trasfondo mercantil (las cruzadas) observando cómo al término de éstas, "la nobleza y el capital mercantil obtienen logros territoriales y comerciales muy importantes (con la constitución de los) llamados reinos latinos en Siria, Palestina, Armenia y Chipre" hasta alcanzar la salida al Mar Rojo por el golfo de Akaba. Así la Europa feudal conquista, finalmente, el Mediterráneo oriental. Enseguida y muy brevemente, el autor examina la expansión europea hacia el Atlántico, obra ibérica fruto del poderío que otorga la reconquista.

El tercer capítulo estudia "la transición al capitalismo en la Europa moderna", donde une las conclusiones sobre crisis del feudalismo, presentadas en el primer capítulo, con la tesis sobre la formación del régimen capitalista. Una de las preocupaciones metodológicas centrales del capítulo consiste en destacar la "existencia de vías de desarrollo alternativo" apoyadas en diferentes clases y agentes sociales, como formas diferentes de resolución de las mismas necesidades y exigencias de la transición.

Asimismo, conviene subrayar que para el autor, la primera gran fase de la transición al capitalismo en la Europa continental se abre con la edad moderna, es decir con la superación de la “gran crisis feudal de los siglos XIV y XV y concluye con la crisis general del siglo XVII”, periodo en el cual se producen grandes descubrimientos geográficos, se registra la paulatina recuperación agrícola y demográfica europea así como la expansión del régimen manufacturero, que va destacando a unas naciones sobre otras. En fin, discute sobre la protoindustrialización, como fenómeno que modifica nuestra concepción de la revolución industrial.

Al examinar lo que se denomina “condiciones objetivas de la transición”, concede un rol principal al desarrollo del comercio y la mercantilización, fenómenos que sólo pueden darse, en opinión del autor, “mediante un considerable elevamiento de la productividad y del excedente agrícola, de la creación de condiciones tecnológicas, laborales y organizaciones requeridas para el desarrollo industrial.” Proceso que es examinado a través del análisis de la creación de “revoluciones tecnológicas”. Seguidamente se examina la aparición de los estados absolutistas donde, retomando las tesis de Perry Anderson, destaca que “la centralización del poder estatal... aparecerá como una nueva fuerza que potenciará enormemente las tendencias espontáneas de la transición... mediante el empleo de la coerción pública”, y subraya como sus consecuencias principales: la nacionalización y monopolización del comercio, la constitución de amplias bases monetarias-metálicas, la centralización financiera y el impulso que la monarquía dio a la expansión de la producción manufacturera de armamentos.

Asimismo, en este que es quizá uno de los capítulos más sugestivos, el autor señala cómo en los marcos de la crisis del siglo XVII se produce un “reacomodo” de las hegemonías y jerarquías europeas, siendo desplazada Holanda por la emergente Inglaterra, y dejando como una potencia intermedia a Francia, “el país europeo más grande y más rico a todo lo largo de la historia de la Europa feudal”. El fundamento de este reajuste europeo se localiza, en opinión de Alejandro Dabat, “en el desplazamiento del eje de la acumulación originaria, desde la centralización del excedente económico y la conformación de economías nacionales, hacia la ampliación y profundización del

mercado interior y los nexos entre la agricultura y la manufactura.”

Este desplazamiento sólo pudo darse mediante una profunda renovación tecnológica en la agricultura (como la holandesa y a finales del siglo XVII) y que culmina con la nueva estructura agrícola de Inglaterra a mediados del siglo XVIII, con la aparición del arrendatario, el jornalero y el carácter puramente rentista del terrateniente. Asimismo, se produce el significativo desarrollo de la llamada “industria rural” y el desarrollo —notablemente apreciado después de los aportes de Berg— de la manufacturas, éstas de sede estrictamente urbana. En síntesis, para el autor, la articulación y desarrollo de estas nuevas formas de producción tienen su correlato en la culminación del proceso de transición hacia el siglo XVIII.

En el último apartado del capítulo III se aborda una de las preocupaciones centrales, a saber: las *vías de transición al capitalismo*, entendidas como modalidades de aparición del capitalismo que se definen tanto en la instancia de las “condiciones objetivas” como en la acción social colectiva y los factores ideológico culturales. Por la consideración de esos factores, distingue *vías revolucionarias y reformistas de transición*, llegando a la siguiente conclusión general:

puede decirse que los países que vivieron transformaciones económico-sociales más radicales fueron aquellos que atravesaron por una revolución burguesa que destruyó el anterior Estado absolutista en lo que tenía de feudal, autocrático y parasitario, para sustituirlo por otro más vinculado a los requerimientos de la sociedad burguesa ascendente.

En el capítulo IV, último de los destinados a la transición al capitalismo en Europa, especifica los “casos nacionales” de transición y subraya la definición de los factores generales y específicos del proceso; en tanto las primeras son fuerzas asociadas a la decadencia del feudalismo y el ascenso del capitalismo, las segundas dependieron de “las condiciones naturales, económicas, culturales y políticas preexistentes, de las posibilidades, grados y condiciones de integración al mercado mundial en formación, (así) como del curso de la lucha de clases”. Para el autor este enfoque evita caer en el “empirismo”, el “causismo histórico” y en el “estructuralismo universalista abstracto”, éste último propio del “tercermundismo” que “pretende reducir los

procesos nacionales concretos a un supuesta racionalidad sistémica que predetermina exógenamente su naturaleza y dinámica interna”.

En general distingue seis grandes modos de articulación de lo general y lo específico, cuyo único común denominador se halla en su éxito en haber logrado desarrollar o no una economía mercantil protocapitalista y haber podido insertarse adecuadamente en el mercado mundial en transformación. Los seis modos de articulación de los específicos con las tendencias generales de la transición, son: 1) las potencias manufactureras y mercantiles modernas que se proyectan al frente del desarrollo económico mundial en los albores de la producción capitalista (siglos XVI a XVIII), entre las que destaca a Inglaterra, Francia, Holanda; 2) las grandes potencias imperiales del siglo XVI que se hundieron en la decadencia a partir de entonces, señalando, obviamente, los casos de España, Portugal y Turquía; 3) los países que encabezaron el desarrollo económico y cultural en la edad media baja y entraron en declinación a partir del siglo XVI, en donde estudia principalmente a Alemania, Austria y Prusia, como un primer grupo, para después agregar a Italia, Flandes y el país Checo; 4) la Europa Oriental y los caminos divergentes de Rusia y Polonia, respecto de la Europa occidental donde se registra una reenfudamiento o “segunda servidumbre”; 5) los pequeños países nórdicos y occidentales, donde destaca los escandinavos y Suiza, regiones de modernización tardía pero en los que tuvo menos arraigo el sistema feudal y, finalmente, 6) el sudoriente de Europa, donde se examinan los países sometidos a la dominación turca (Grecia, Bulgaria, Yugoslavia, Hungría, Albania y Rumania) que en algunos casos implicó una regresión a formas prefeudales y en otros se impuso un sistema tributario “respetando” a la nobleza.

En lo que rigurosamente es la segunda parte del libro, Dabat estudia la expansión europea y el primer sistema colonial. Más densa y armada en torno de profundas reflexiones, apoyada en un enfoque universalista y comparativo, examina los efectos de la expansión ultramarina europea y sus efectos en la economía continental, en particular, se detiene en el sistema colonial americano de la península ibérica, en involución desde mediados del siglo XVII.

En general, el autor considera que “las consecuencias del hecho colonial implicaron la incorporación a un sistema estable de intercambios comerciales y culturales”, de regiones anteriormente desconocidas por los europeos, cuya extensión (excluyendo Asia) era diez veces superior a Europa, y treinta la de su porción Occidental, con una población muchas veces superior a la europea.

El autor distingue una primera etapa de la expansión colonial, que va de 1450 hasta 1620, coincidiendo con la primera etapa de la transición, en donde el comercio aumenta sobre todo en su volumen pero no varía mucho en su composición y adopta la forma de reexportación por parte de las potencias reales; una segunda transcurre entre la segunda mitad del siglo XVII hasta 1780, cuando se produce una transformación del contenido material del comercio y sus formas de organización, acompañado, sobre todo en el siglo XVIII, de un aumento notable del volumen del comercio y se ahonda la modalidad de reexportación, con la cual el capitalismo recibe, en esta segunda fase de transición, un impulso notable.

Se trata de un impulso relevante y manifiesto en el nexo entre comercio mundial y la revolución industrial, nexo poderoso sobre todo a partir de la tercera década del siglo XVIII y que encuentra su punto culminante en 1775-1789, con las revoluciones, industrial en Inglaterra y social en Francia.

Los capítulos seis, siete y ocho examinan respectivamente la expansión colonial europea en Asia y en América así como la trata de negros en África. No reseñaremos aquí cada uno de los “sistemas coloniales”, expuestos con cierto detalle por Alejandro Dabat, pero no omitiré señalar algunas cuestiones generales que me parecen importantes. En su análisis de la dominación colonial europea, el autor presenta un cuadro histórico de la situación prevaleciente en los continentes al momento de la conquista, cuadro especialmente trabajado para los casos de Asia y África y menos para la América precolombina, decisión que seguramente se tomó pensando en que aquellos sistemas son prácticamente desconocidos en nuestro medio y en que eso alimenta la posibilidad del análisis comparado, uno de los atributos del libro que comentamos.

Y en efecto, del análisis se deriva que fue por la “escasa penetración territorial profunda” de la dominación colonial

europaea en Asia y África que se comprende mejor por qué la conquista y la colonización de América constituían una empresa inédita y un desafío mayúsculo para la península ibérica. En efecto, hasta antes del siglo XIX, señala el autor, la forma de dominación colonial en Asia y África no adquirió el rango de conquista territorial, salvo quizá en Filipinas, Indonesia, India y Siberia, y aún ahí no alcanzó un rango comparable la ocupación efectiva del territorio americano. Por ello, tampoco en Asia ni en África se verificó la destrucción de las civilizaciones y cultura preexistentes, y menos la formación de una sociedad sincrética.

Estas diferenciaciones en modo alguno están asociadas a la importancia comercial de las posesiones coloniales, sino más bien parecen relacionarse con las condiciones geográficas, la resistencia cultural de las civilizaciones existentes, la naturaleza y madurez de su organización económica local, la posibilidad de explotar la zona sólo a través de los circuitos mercantiles y tributarios<sup>2</sup>, así como al propio proyecto europeo de ocupación.

Por otra parte, en el análisis sobre los sistemas coloniales en América, el autor destaca de existencia de las “civilizaciones” Inca y Azteca —en el sentido de Engels, no en el de Braudel— organizadas en Estados teocráticos y basadas en la agricultura intensiva de riego, asada, abonos y uso de terrazas. La urbanización había ya dado sus primeros pasos, y se organizaban alrededor del comercio, como sede de los poderes imperiales y religiosos así como de las prestación de servicios. Se trata, pues, de sociedades complejas. Carecían del concepto de propiedad territorial, desconocían la metalurgia, la ganadería de tracción, combate o transporte así como el arado, la rueda, la navegación a vela y la escritura alfabética. De todos modos, el impacto de

<sup>2</sup> Por ejemplo, para los europeos fue relativamente fácil apoderarse del comercio interasiático, “primero a través del sistema de fletes y luego de partes del propio comercio activo”, en tanto que en África la trata de negros no requirió establecer un sistema de ocupación territorial, incluso ni aún en su época de esplendor, esto es el siglo XVIII. Pero más allá de lo anterior, en África “la trata tuvo inicialmente el efecto disolvente sobre los reinos costeros extensos que contaban con muchos puertos de embarque, pero ya en el siglo XVIII dio lugar a la aparición de los reinos sudaneses-guineanos del litoral”.

la conquista y la colonización fue devastador para esas culturas, originándose sociedades sincréticas integradas al mercado mundial, ya en su base minera o agrario-exportadora, Retomando una concepción endogenista, en el sentido y perspectiva de los trabajos de Carlos Sempat Assadurian y Enrique Semo, plantea más allá de la “condición colonial” los elementos que permiten diferenciar los procesos históricos de los países de América.

Es de destacar el acierto de Alejandro Dabat cuando al examinar la intraestructuración de las economías coloniales iberoamericanas, reconoce en la existencia de los mercados coloniales, la definición de tejidos regionales organizados alrededor de los centros urbanos y mineros, y que de ellos deduzca la articulación de espacios protonacionales. En este mismo orden de ideas, Dabat explica cómo en el interior del espacio colonial iberoamericano despunta a su vez el proceso de transición al capitalismo, transición manifiesta en las características del auge económico propiciado por las reformas borbónicas en la segunda mitad de siglo XVIII. De ahí desprende los elementos protoburgueses que se expresan en las revoluciones de independencia.

Como puede apreciarse, el libro que hemos reseñado, logra apropiarse de un enfoque histórico comparativo al analizar la constitución del sistema capitalista mundial, su relación e interacción con la formación de los capitalismo nacionales y con el primer sistema colonial. Logra mostrar, también, la importancia del estudio de las formas nacionales de la transición europea al capitalismo, definiéndolo como un proceso que involucra aspectos económicos, sociales, culturales e ideológicos, donde la acción social colectiva tiene un peso determinante, logra detectar seis modalidades de transición e identifica los tres tiempos del proceso de acumulación originaria de capital.

Asimismo, a través de una concepción de lo universal-particular del proceso de transición, el autor logra superar el enfoque dependentista tanto como el empirista llegando a una concepción novedosa y sugerente, aportando una nueva concepción sobre el rol del primer sistema colonial, sus efectos diversos y contradictorios en la economía europea de los siglos XV-XVIII. Destaca el proceso de intraestructuración de las pro-

pías economías coloniales americanas y su progresiva autonomía de los poderes imperiales, fenómenos que adquieren relevancia estructural a raíz de la crisis general del siglo XVII.

Alejandro Dabat muestra la gran capacidad explicativa de un marxismo abierto a la aportes y sugerencias teóricas y metodológicas de otras corrientes historiográficas, y aporta un enfoque cuyo mérito principal consiste en motivar una nuevas reflexiones sobre la organicidad de los llamados “factores externos” y “factores internos” de la transición.

Una observación sobre el concepto de transición que maneja el autor. Aún cuando el autor insiste en su introducción metodológica en que dicho proceso involucra a la totalidad social y no deja de advertir que en realidad su arranque europeo puede ubicarse ya desde los siglos XII–XIII, en el primer capítulo se presenta un balance muy sumario de la crisis del feudalismo que soslaya algunas cuestiones esenciales. Entre éstas quisiera mencionar, a título de ejemplo, que se omiten las transformaciones ocurridas entre el final del siglo XI–XIII en relación a la actitud eclesiástica respecto de la usura y la ganancia comercial.

En efecto, la usura, que ciertamente enriquecía, era un pecado; quien la practicara estaba condenado al infierno. La religión católica había establecido, desde la antigüedad, una oposición entre la usura–riqueza terrenal y el paraíso–vida eterna. En los albores del capitalismo una transformación crucial debió ocurrir para conciliar esa oposición, debió crearse una suerte de tercer lugar entre el cielo y el infierno, debió crearse el purgatorio<sup>3</sup>. Asociado a esta observación, no puedo mejor que evocar el gran tema de Werner Sombart: lujo y capitalismo.

El análisis de transición es ciertamente el análisis del cambio social. Sin embargo, la historiografía reciente se ha venido insistiendo en que existe una dimensión de la historia humana donde la vida cambio muy poco, o lo hace lentamente. Se trata de la vida *civilización material* que Braudel ha estudiado prolijamente en los siglos XV–XVIII y está ausente en la

<sup>3</sup> Cf. Le Goff, Jacques, *La bolsa y la vida. Economía y religión en la edad media*, México, Gedisa, 1987.

tesis que comentamos. Y no se trata de una ausencia menor, puesto que la consideración de la *civilización material* conduce directamente a la necesidad de definir una *geografía de la transición*, esto es, a dejar abordar los casos nacionales como entidades homogéneas<sup>4</sup>.

Otro de los temas que me parece merecerían un tratamiento más detenido lo es el ascenso y caída de los imperios, y su impacto sobre los procesos de transición. Por ejemplo, al momento de explicar la declinación ibérica se aluden factores de índole económica e ideológica. En efecto, en un primer momento el poderío económico y comercial ibérico requiere la constitución de sumas importantes en armamento y manutención de ejércitos, para proteger y garantizar la seguridad del sistema de flotas; más tarde la “economía armamentista” comienza a devorar los recursos públicos, y el ascenso de nuevas potencias obliga a aumentar los gastos militares del imperio, al punto que los gastos de defensa del imperio terminan debilitando la economía imperial. ¿No tendrá sentido explorar esta vía de análisis en los procesos de ascenso y descenso de las grandes potencias en los siglos XV–XVIII? ¿Será decisivo su impacto sobre el proceso de génesis del capitalismo?<sup>5</sup>.

No obstante estas observaciones, resultan omisiones menores, en relación al aporte de la obra, escrita con una prosa ágil y comprensiva, nos parece sumamente actual e imprescindible lectura para una cabal comprensión de las actuales transformaciones que están ocurriendo en el capitalismo mundial.

<sup>4</sup> Cf. Braudel, F., *Civilización material, economía y capitalismo*, España, Alianza Editorial, 1979, 3 vols.

<sup>5</sup> Cf., Kennedy, J. *Auge y caída de las grandes potencias*, España, Barcelona, Plaza y Janes, 1991.